

Papalotla

A. C. Raga

April 29, 2020



# Chapter 1

## Un paseo por la sierra

Cuando César cumplió cuarenta, decidió que dejaría su trabajo de programador por unos meses y escaparía de la ciudad para salir de aventura. Haría un largo paseo por la sierra, para revivir las excursiones en la naturaleza de su juventud.

Se tomó medio año para preparar su equipo y prepararse él mismo, ejercitándose todos los días en un gimnasio. Estudió mapas impresos y electrónicos y buscó información para finalmente decidir hacer una travesía en la zona de la frontera entre los estados de Puebla y Oaxaca, empezando en el desierto, trepando las montañas, y descendiendo hacia el golfo de México para terminar en Veracruz. Dió largas caminatas, cargando un peso parecido al del equipo que llevaría, y se entrenó trepando las paredes de piedra de Ciudad Universitaria.

El día de su salida se despidió de su hermana y de algunos amigos y tomó un autobús nocturno a Tehuacán. De allí temprano en la mañana tomó un “guajolotero” hasta el pueblo de Cuicatlán. Llegó allí bien acalorado a la tarde, y consiguió un cuarto en el único hotelito, sobre la plaza del pueblo. Se dió una ducha, y salió a buscar algo de cenar.

Cuicatlán es un pueblo tranquilo en el comienzo de la sierra, y César caminó hacia el este, alejándose del río hasta el borde del pueblo. Con la luz rojiza del atardecer, vió el valle ondulado, y más allá la tierra que sube hasta convertirse en altas montañas. Se sentó en una roca para esperar la puesta del sol, y luego la paulatina aparición de las estrellas.

Regresó a la plaza del pueblo, comió unos tacos en la única fonda, y luego entró al único bar del pueblo. Allí preguntó si conocía a algún taxista, y un hombre sentado en la barra le dijo que él tenía un taxi.

“Cuánto me cobra por llevarme mañana por el camino que sube pasando Santos Reyes unos cinco kilómetros, justo antes de San Juan Tepeuxila?”

“Lo llevaría por unos docientos pesos, pero no lo puedo llevar porque esa es tierra de narcos, y si nos ven, nos matan”

“Le ofrezco dos mil”, dijo César.

“Usted está bien loco, pero lo llevaré porque necesito el dinero. Que quede claro que si nos matan, es culpa suya”. Quedaron que lo pasaría buscar a las cinco de la mañana, según el taxista “porque los narcos no se levantan tan temprano”.

Todavía de noche salieron en el taxi por el camino de terracería a Santos Reyes. Primero anduvieron por el valle medio desértico, y luego empezaron a subir en empinadas curvas.

Después llegaron a las subidas más fuertes del camino, y en la curva en la que se entra al barranco en el que está el poblado de Tepeuxila, César le pidió al taxista que lo dejara allí. Se despidieron, y el taxista le dijo: “llegamos tranquilos, y ojalá que sea igual mi retorno. Si usted empieza a trepar aquí no tendrá problema con los narcos, porque por muchos kilómetros no hay ningún camino, y a los narcos no les gusta trepar!”

El taxi se fué, y César se puso su mochila y subió la loma al costado del camino, primero caminando y luego ayudándose con las manos. La loma terminaba unos cien metros más alto, en un hombro recostado contra una pared de piedra vertical de unos veinte metros de altura. Se acercó a la pared, y encontró una chimenea: una hendidura que parecía llegar hasta arriba, en la que uno podía calzarse para trepar con facilidad apoyando la espalda de un lado y los pies del otro. Se sacó la mochila, y la ató bien con una larga cuerda para jalarla una vez que él ya estuviera arriba.

Antes de trepar, se puso a mirar el valle que dejaba atrás. La pendiente no le dejaba ver el camino más abajo, pero lo veía aparecer más lejos en la parte plana cerca de Santos Reyes. Le pareció ver un grupito de carros cerca de la entrada al pueblo, y sacó sus binoculares. Vió un grupo de cuatro vehículos. Uno era el taxi, y los otros tres grandes camionetas negras. Sobre la carretera, vió parados un grupo de unas diez personas.

De golpe. empezaron a golpear a una de las personas, y luego lo patearon hasta dejarlo inerte en el piso. Sacaron dos tambos de una de las camionetas, y rociaron a la persona tirada y al taxi, y prendieron fuego a todo. Se subieron a las camionetas, y tomaron camino hacia las montañas.

Ante el horror de todo, César trepó por la chimenea lo más rápido que pudo, y con la cuerda jaló hasta arriba su mochila. Allí se encontró en una

cornisa de unos dos a tres metros de ancho contra otra pared de piedra. La cornisa subía hacia la derecha hasta llegar a la parte superior de la pared vertical. Por allí César subió apuradamente.

Los narcos llegaron hasta donde el taxista les había dicho que había dejado a César, y cinco de ellos subieron con trabajo la primera loma. Allí se encontraron con la pared vertical, y abandonaron la persecución. Tiraron unas ráfagas de ametralladora a la nada, y bajaron aún con más dificultad. Uno se cayó y se rompió una pierna, y otros dos lo cargaron hasta abajo. El taxista tenía razón: los narcos no trepan.

César escuchó los disparos a lo lejos, se detuvo, y luego siguió subiendo. Ya en la tarde trepó dos más paredes de piedra, y llegó a una zona plana desde la que se veía el valle de Cuicatlán hacia atrás, la caída al valle de Tepeuxila hacia la derecha, y las montañas más altas hacia adelante.

Totalmente agotado, sacó unos chocolates de su mochila y tomó algo de agua. Aquí ya se veía todo más verde, y armó su tienda entre un grupo de pinos. Ojalá encontrara agua más arriba.

Después de la puesta del sol y la salida de las estrellas, se acostó en su tienda. No se durmió hasta tarde, pensando en el horror de esa mañana.



## Chapter 2

# Papalotla

Por las ocho de la mañana, con el sol ya sobre la tienda, César se despertó. Encendió su estufita de alcohol, y se hizo una sopa “de cubito” y un café. Mientras desayunaba miró detenidamente los alrededores.

Hacia el oeste, el valle de Cuicatlán, y al este la sierra. Al sur, la caída al valle de San Juan Tepeuxila y al norte una ladera con grupos de pinos, cortada por un espolón de piedra que bajaba de la parte alta de la subida. El espolón parecía terminar contra una pared vertical.

A pesar de este final, el espolón parecía ofrecer un camino más fácil, porque hacia arriba la ladera tenía grandes zonas de roca suelta separadas por paredes verticales. Decidió trepar hasta el filo del espolón, y después intentar subir por el filo hasta donde se pudiera.

Levantó el campanento y cargando su mochila caminó con cuidado cruzando la empinada ladera hacia el espolón rocoso. Se consiguió un buen pedazo de rama de pino como bastón, y se fue agarrando de piedras y de troncos y ramas de pino para estabilizarse.

Hacia el mediodía llegó a las rocas del espolón, y primero trepó con relativa facilidad. Los últimos diez metros eran casi verticales, y dejó su mochila atada para después jalarla desde arriba con la cuerda. Encontró muchos huecos y salientes para manos y pies, así que trepó con seguridad hasta el filo del espolón, pero le costó bastante trabajo subir su mochila, que se quedaba enganchada en las salientes.

Desde el filo, vio que hacia el Oeste el espolón tenía una gran caída a un profundo valle, al fondo del cual se adivinaba un murmullo de un arroyo. El filo del espolón era bastante plano, con un ancho variable desde casi nada a dos o tres metros. Allí se detuvo, tomó agua, comió unas galletas, y se acostó

a mirar la vista y descansar un largo rato.

Cuando empezó a subir por el filo del espolón, se le hizo evidente a César que allí había habido un camino humano. En algunas partes se veía el camino aplanado, y en algunas rocas se veían escalones tallados que las contorneaban. En algunas zonas el camino desaparecía en pequeños desmoronamientos que había sufrido el espolón, o estaba cubierto por arbustos espinosos.

Por la tarde llegó a la punta del espolón, donde el camino terminaba en una escalera que penetraba en un profundo tajo en una pared vertical. Subió la escalera y penetró en un angosto desfiladero, siguiendo el camino con tramos planos y con escaleras talladas en la roca.

El camino terminaba en una profunda y angosta hendidura, rodeada de una lisa pared de piedra vertical. La pared rodeaba el camino, y no se podía seguir más.

En la oscura sombra, César se quitó su mochila, la ató con la cuerda, y apoyando la espalda contra un lado y los pies contra el otro comenzó a subir las lisas paredes. Se veían agujeros tallados como si hubiera existido en algún momento una estructura de maderos con sus puntas clavadas en ellos. Unos siete metros más arriba llegó al borde superior del desfiladero, cuidadosamente se sentó con las piernas colgando para abajo y jaló hasta arriba su mochila.

El lugar era un paraíso: una cornisa de unos quinientos metros de largo por unos cincuenta de profundidad limitada por un lado por una caída abrupta, y por el otro por paredes verticales y subidas abruptas. En la parte plana crecían planicie de maíz y árboles frutales. Los mangos parecían maduros. Volaban centenares de mariposas azules y amarillas.

Por más que todo se veía abandonado, llamó para avisar de su llegada por las dudas de que hubiera alguien. Dejó su mochila, y penetró entre la vegetación de la huerta. Se dirigió hacia el fondo, donde había una hendidura en la ladera que parecía ser la entrada de una cueva. La tierra, en parcelas rodeadas de piedras apiladas, se sentía un poco húmeda, y acercándose a la hendidura se oía la humedad y se oía un murmullo de agua corriendo.

En la hendidura, al fondo estaba la entrada a una cueva, y sobre un lado había puertas y ventanas talladas sobre la pared de piedra. Llamó de nuevo pero no obtuvo respuesta. Sacó su linterna y entró en la cueva buscando el creciente ruido de agua, hasta que llegó a una poza alimentada por una pequeña cascada entre las rocas del fondo. El agua desbordaba de la poza a un profundo agujero, y también parte del agua alimentaba una zona fangosa que se extendía hacia afuera a la huerta.

César se sacó la ropa, y nadó un largo rato en el agua fresca de la poza. Saliendo, puso su tienda justo afuera de la cueva, sin entrar en las puertas sobre la pared de piedra. Trajo agua de la cascada y buscó qué comer entre las plantas de la huerta con la última luz del crepúsculo.

En una mesa de piedra cerca de su tienda puso su estufita de alcohol, y se sentó en un banco para preparar unos elotes con salsa de mango. De postre comió papaya con naranja. Se quedó largo rato mirando las estrellas, y esperando estrellas fugaces se quedó dormido en el pasto fuera de su tienda. No se le ocurrieron deseos.

Al amanecer, César se preparó un buen desayuno, y salió a recorrer la cornisa. En la parte central había vestigios de una cuidada huerta, con muros de piedras apiladas separando zonas con distintas plantas, y con vestigios de un sistema de canales de riego. Alejándose más de la entrada de la cueva había tierra que no había sido trabajada con tanto cuidado, en la cual había mayormente maguey y nopales, y tubérculos que podrían ser camotes y papas.

En la huerta reconoció milpa, café y trigo, y en la zona más húmeda lo que parecían ser lechugas, cebolla, albahaca, menta y tal vez arroz. Vió también papayas, mango, cítricos y manzana, y otros árboles frutales que no reconocía. Entre las plantas correteaban unas gallinas chicas, probablemente descendientes de gallinas domésticas, y encontró algunos nidos con huevos contra los muros de piedras apiladas. Todo estaba lleno de mariposas volando.

Luego exploró la pared de piedra con puertas y ventanas. La puerta más grande daba a una sala circular sin ventanas, tallada en la piedra. Contra el fondo había un altar semicircular flanqueado por estatuas de un águila y de un jaguar, recordándole a César el templo de Malinalco. Las otras puertas daban a cuartos redondeados, con una o dos ventanas al exterior y con plataformas de piedra como mesas, bancos, camas o repisas.

El cuarto de mayor interés era el de más afuera, con ventanas que daban a las ramas de unos árboles frutales. Se veía que este cuarto había estado habitado en tiempos recientes. Sobre una plataforma de piedra había un colchón de lana, en un muro había estantes de piedra con utensillos de cocina, y en otro había diversas herramientas. También había un armario de madera con puertas con algunas cosas de tela.

Sobre el colchón había una caja de plástico “acuática”, con tapa de cierre hermético. Allí, César encontró un grueso cuaderno escrito a mano, y un sobre con una carta. Esta decía:

- Querido heredero/a, si quieres, “Papalotla”, el lugar que ves alrededor,

es tuyo. Es un buen lugar para vivir y para morir, con tranquilidad para pensar o para no pensar en nada, para hacerse amigo de la naturaleza y para retirarse del desastre de la humanidad. Este lugar es un “Walden”, pero con mucho mejor clima, comida, y vivienda, y aún en nuestros tiempos superpoblados todavía queda apartado de la sociedad.

Viví aquí treinta y cinco años. Llegué aquí los sesenta, y ahora tengo noventa y cinco. Si te interesa heredar este lugar y pasar aquí toda o parte de tu vida, aquí lo tienes. Cuando te vayas o te mueras, elige un heredero o deja que el azar decida, como yo estoy haciendo. Si no te interesa vivir aquí, deja todo como lo encontraste hasta que aparezca alguien que se quede.

Por favor, no se te ocurra hacer de Papalotla una excavación arqueológica! De esas hay muchas, y el valor de Papalotla es mucho mayor que el de un sitio arqueológico: es un paraíso en el que se puede vivir sin el caos de la humanidad moderna. En el cuaderno que dejo aquí en la caja cuento cómo llegué a Papalotla, como hice para vivir aquí, y un mapa de como acceder a distintos poblados de la zona.

Mucha suerte con tu vida, y por favor cuida de Papalotla con el amor que merece.

Alejandro Casals

Durante los días siguientes, César trabajó quitando la maleza con un machete y despejando los canales de riego con una azada. Se mudó al cuarto de Alejandro, y preparó sus comidas en una estufa de piedra con chimenea que había afuera. Por las tardes, esperando la puesta del sol, fué leyendo cuidadosamente el cuaderno de Alejandro.

## Chapter 3

# Resumen del cuaderno de Alejandro

Como profesor de física recientemente jubilado, Alejandro salió una mañana a tomar café, y luego fue a sentarse en un banco de la plaza de Coyoacán a leer el periódico. En la otra punta del banco se sentó un señor con bastón de como noventa años, vestido como un campecino.

“Buen día, hermano”, lo saludó a Alejandro.

Seguro de que le iba a pedir dinero, Alejandro saludó, “buen día, por qué soy su hermano?”

“Yo sé reconocer mis hermanos, soy chamán y los reconozco aunque no los pueda ver demasiado bien! Me escapé del Hospital de la Ceguera a dar un paseo. Es que mañana temprano me operarán de cataratas, y al despertarme hoy me dí cuenta que no saldré vivo! Por eso decidí salir a buscar un hermano, y lo encontré a usted. Tiene tiempo para escucharme un ratp?”

“Soy un profesor jubilado, y no tengo ningún apuro”, dijo Alejandro,

y el señor prosiguió: “Entonces déjeme contarle. Me llamo Papatzin, y soy un chamán de la Mixteca baja, entre Puebla y Oaxaca. Mi familia no era mixteca, y descendían de Nahuas emigrados en la época de la conquista. Eran guerreros, y se construyeron un reducto protegido en la sierra, donde no los encontrarán los españoles. Está en un lugar tan aislado y escondido que aún hoy en día sólo es conocido por mi familia. Yo crecí allí y después me fuí a aprender a ser chamán. Tuve, esposa, un hijo y una hija. Mi esposa quizo que nuestros hijos fueran gente moderna, y los dos ahora son médicos en la Ciudad de México. Cuando mi esposa murió, regresé al lugar de mi familia: se llama Papalotla, y es una cornisa fértil y con agua en la

sierra, arriba del valle de Cuicatlán. Viví veinte años allí solo, y a los noventa me vine a la ciudad porque ya no veo suficientemente bien para hacer el trabajo de la huerta. Ahora mis hijos me consiguieron que me operaran de las cataratas, y pensaba que entonces podría volver a Papalotla. Pero esta mañana me dí cuenta de que me moriré en la operación. Como me equivoqué! debería haberme quedado a morir en Papalotla! ‘Papalotla realmente no me preocupa, porque algún día alguien la encontrará, y una persona que le guste andar por lugares tan remotos seguro que se enamora y se queda a vivir allí. Igual, preferí escaparme del hospital para elegir a mi heredero y lo elijo a usted.’”

Alejandro lo invitó a desayunar a un café sobre la avenida Hidalgo, y allí Papatzin le dió un mapa hecho a mano, y le explicó el camino más fácil para llegar a Papalotla, caminando dos días por la sierra. Alejandro le prometió que iría a visitar Papalotla, y que si él no se quedaba allí buscaría a otra persona digna que sí lo hiciera.

“Aunque me siento seguro de que allá se quedará usted”, dijo Papatzin.

Alejandro lo acompañó hasta la puerta del Hospital de la Ceguera, donde la gente que cuida la entrada lo ayudaron. “Me llamo Papatzin Guerrero, y me operan mañana a las diez”, se despidió con un abrazo.

A las nueve, Alejandro estaba en el hospital, y ya lo habían ingresado a Paatzin a la sala de operaciones. Conoció a sus hijos, a quienes Papatzin les había dicho que Alejandro llegaría por allí (y ellos como siempre no le habían creído). Papatzin murió en la operación de un derrame cerebral.

Alejandro decidió ir a buscar Papalotla. Le contó a su hija, quien le dijo, “Papi, estás tan loco como siempre, pero te quiero mucho”, y lo dejó irse en su nueva locura.

Alejandro fué en varios autobuses hasta el pueblo de Tepeuxila. Allí salió caminando hacia las montañas, hasta meterse en el pedregal de la base del espolón de piedra por el que décadas después subió César. Allí durmió, y al otro día con bastante dificultad pudo encontrar el comienzo del “camino del águila”, sobre el filo del espolón.

Alejandro se enamoró de Papalotla, y fué y vino varias veces de allí hasta la civilización. Su hija vino a visitarlo, y más tarde también su nieta. Finalmente, a los noventa y cinco años decidió dejar todo en orden y saltar al barranco, para no tener que regresar a morir en un hospital.

Hizo un inventario de todas las cosas que dejaba, y un plano de la huerta identificando los árboles frutales y las zonas con distintas plantas. También dejó instrucciones de cómo cosechar y cuidar de la huerta. Finalmente, dejó

un mapa de los alrededores de Papalotla, con los caminos que había explorado a pueblos de la región.



## Chapter 4

### En el paraíso

César pasó un mes en Papalotla. Se hizo una rutina de trabajar por la huerta en la mañana, limpiando la maleza y arreglando los canales de riego, para terminar recolectando las cosas que iba a comer. Por la tarde, retrocedía del calor a la sombra de la entrada de la cueva, encendía fuego en la estufa, y mientras se hacía la comida nadaba un rato en la poza. Más tarde se ponía en algún lugar cómodo para ver la puesta del sol y la salida de las estrellas, mientras escribía historias y poemas en un cuaderno.

Eventualmente, siguiendo las instrucciones de Alejandro, cosechó marihuana y se hizo unos aceptables porros para fumar en los atardeceres. Alejandro también dejó instrucciones de cómo destilar mezcal, pero el proceso parecía demasiado largo y complicado. Después de dos semanas, ya no se despertaba con pesadillas sobre la muerte del taxista.

Decidió quedarse a vivir un tiempo en Papalotla, y olvidarse del resto del mundo. Haría un viaje al exterior para arreglar sus cosas, y luego regresaría a pasar al menos dos o tres años en Papalotla. No se le ocurrió que pasaría allí más de cincuenta años.

Para volver a la civilización, casi todos los caminos del mapa de Alejandro empezaban por el “camino del águila”, y luego se desviaban a distintos poblados de la zona, con una indicación de cuantos días de caminar llevaban. Todos estos caminos daban temor a César después del horror de los narcos.

Había un solo otro camino que salía de Papalotla subiendo la montaña hacia el noreste, y en tres días se llegaba a un lugar con el nombre de Urania, rodeado de dos círculos. Del revés del mapa había una nota:

- camino a Urania: trepar por la derecha de la cascada y subir por el túnel del arroyo hasta salir al lago. De allí, subir la escalera y luego

ir bordeando las más altas cumbres por el lado norte hasta llegar al primer arroyo con cauce profundo. Bajar por el arroyo hasta llegar a Urania (difícil!!!).

Eso era todo. Urania no figuraba en los mapas que tenía César, pero él creía identificar el arroyo de cauce profundo que mostraba el mapa de Alejandro. Para César, Urania era la comuna hippy de un libro que había leído hace años (en el cual Urania quedaba cerca del Pacífico).

El día antes de su partida, César preparó su mochilita de alpinismo con equipo para trepar, y una bolsa de Alejandro con ropa y comida para colgarse de un hombro. Si la bajada a Urania fuera realmente difícil, podía dejar atrás la bolsa para recogerla posteriormente. Antes de guardar las cosas en su mochila y en la bolsa, puso todas sus cosas en bolsas de plástico bien cerradas para que no se fueran a mojar.

A la mañana siguiente, en un día del principio de la primavera, César entró en la cueva, y subió con facilidad por las rocas a la derecha de la cascada. Llegando al agujero del que salía el chorro de agua, se metió con facilidad en un ancho túnel que ya había explorado los días anteriores. Se podía caminar agachándose un poco, sin meter los pies en el agua. Probablemente en época de lluvias no fuera tan fácil pasar!

Alumbrando con su linterna, caminó tres horas por el túnel hasta desembocar a un laguito circular de unos diez metros de diámetro. Sobre el lago, había una chimenea casi vertical iluminada por la luz del día, aunque no se veía directamente el cielo. Las paredes de la chimenea chorreaban agua que alimentaba el lago. Sobre la pared, había una escalera espiral tallada en la roca, que subía dando vueltas a la chimenea.

Mojándose más y más, César subió la escalera, y unos cien metros más arriba, entre raíces y troncos salió a un claro en un bosque de pinos. Allí, por primera vez en un mes se GPS tuvo un horizonte suficiente amplio para dar una posición, la cual César anotó con cuidado para poder volver a encontrar el lugar.

Saliendo del bosque hacia el este, César vio lo que Alejandro llamaba “las más altas cumbres”. Había una cadena de varios picos, y sería fácil bordearla por su ladera norte. Armó su tienda bajo los últimos pinos del bosque. Encendió su estufa, se preparó la cena, y después de cenar su fumó un porro mirando las estrellas. Con las estrellas fugaces sí se le ocurrieron deseos, pero no los contaremos aquí. Luego, tapó con su chamarra y se durmió bajo las estrellas, sin meterse en su tienda.

En el fresco de la mañana, se preparó un café y unos huevos con chile y cebolla. Desayunó con calma, mirando los pájaros y las ardillas, y levantó su campamento. Vió volar un águila. Caminó hacia el noreste, dejando al sur el primer pico que veía. Era un verdadero gusto andar nuevamente paseando por la sierra.

Al mediodía, paró a la sombra de un grupo de árboles, tomó agua y comió unas manzanas. Luego siguió caminando por las laderas poco escarpadas de la cadena de picos. Hacia el norte caían vallesitos boscosos que desaparecían en las profundidades de un profundo valle que volvía a subir en otra cadena de montañas.

Pasando por el norte de uno de los picos se encontró con un arroyo que había tallado un cauce profundo en la ladera. Salía de más arriba para perderse en un profundo valle. César miró su GPS, sus cartas y el mapa de Alejandro, y se sintió seguro que éste era el arroyo que llevaba a Urania.

Descendió con cuidado hasta el arroyo y acampó sobre una gran roca al que daba sobre el agua. Nadó un largo rato en el agua fría de una poza, se preparó de cenar y durmió bajo el cielo estrellado. Ni si quiera había armado su tiendita.

Cuando el sol clareaba la parte alta del vallecito, desayunó, levantó su campamento. Volvió a guardar todo con cuidado para que sus cosas no se mojaran, y las repartió entre su mochila y la bolsa de Alejandro. Así, preparado para una mojada, comenzó a descender por el cauce del arroyo. Tuvo que bajar algunas rocas patinosas y nadar para cruzar varias pozas, pero nada fué muy difícil. El comentario de “difícil” del mapa parecía indicar que Alejandro no era un adepto al “canyoning”!

Por la tardecita llegó a una cascada más grande. Mirando por el borde veía una caída de unos seis metros, y abajo una gran poza y un valle de fondo plano flanqueado por altas paredes de roca. La zona plana del serpenteante valle debería tener al menos un kilómetros de largo por unos cien metros de ancho, hasta desaparecer en una curva. Se veían cultivos, un camino de piedra bien mantenido, y algunas personas trabajando.

Pensó llamar para que supieran que estaba allí, pero pensó que igual lo verían bajando la pared de piedra. Primero, por un costado de la cascada bajó su bolsa colgada de la soga hasta que quedó enganchada en una roca cerca del agua. Luego, descendió con cuidado, agarrándose con manos y pies, hasta que llegó a unos tres metros por arriba de la poza. Desde allí, saltó al agua de la poza de Urania.

Primero, buscó su bolsa entre las rocas al lado de la cascada, y luego nadó

hasta el otro lado del la poza. Allí lo estaba esperando un coreano de edad indefinida. “Soy Myung-Gyun, y tú cómo te llamas? de donde vienes?”, se presentó en un español casi sin acento. Cuando César le explicó que venía del lado de Tepeuxila, siguiendo un mapa de Alejandro Casals que identificaba el valle de Urania, Myung-Giun le dijo: “si te parece bien, te llevo a un cuarto para visitantes para que dejes tus cosas. Te puedes dar un baño y si quieres puedes recorrer el valle. Pero, ven al comedor en la palapa grande a las seis de la tarde para la cena. Después haremos una reunión para que nos cuentes todo sobre tí. Hasta entonces, por favor sé discreto porque realmente no debería dejarte solo.”

Lo dejó en una casita larga de techo de palma, con cinco puertas y ventanas. Por la puerta de atrás se salía a un jardín con casetas de “baños ecológicos” con agua corriente para cada cuarto. César se puso ropa seca y salió de paseo. Urania era una comunidad agrícola, con una gran huerta, un gallinero, unas ovejas, unos caballos y unas albercas donde criaban peces. En una caída del arroyo había una rueda de palas con un generador. Al lado de una casita se veían dos antenas satelitales.

Había varias asitas y palapas de techo de palma, como para alojar al menos cien personas, y una gran palapa donde César supuso que se harían las comidas. Había también varios techos con lo que parecían ser talleres y depósitos de herramientas.

Regresando de su paseo, César colgó su hamaca en su cuarto, puso su despertador para no perderse la cena, y se durmió una siesta. Cuando sonó su despertador a las cinco, se dió una ducha, fué temprano a la palapa grande, y ayudó en la cocina para cortar verduras para una sopa que preparaban en un gran caldero. En otro, estaba hirviendo un pozole. Después, encendió fuego en una parrilla para asar pescados y pedazos de pollo a medida que pedía la gente que iba llegando.

Cuando dejó de llegar más gente, las 3 personas que quedaban en la cocina se sirvieron, y fueron a cenar. César se sentó en una mesa de diéz personas en las que oyó hablar español, nahuatl, mixteco y portugués. Sorprendentemente, se veía que todos más o menos entendían todos los idiomas que se estaban hablando. La charla inicialmente fué del trabajo del día, y después hablaron de cursos de idiomas y de chismes de la comunidad. Finalmente, le preguntaron a César quien era, y hace cuanto estaba allí. Cuando César dijo que acababa de llegar, le dijeron “entonces tú eres de la razón de la reunión después de la cena! allí oiremos todo sobre tí!

Después de la cena, César se unió al grupo de lavadores de platos, para

luego ir a sentarse afuera de la palapa, en unos sillones de madera donde se habían reunido muchas personas. Algunos fumaban mota y otros tomaban mezcal, y le ofrecieron ambas cosas a César.

Después de un rato, sin pararse alguien habló más fuerte, y todos se callaron para escucharlo. Era Myung-Gyun, contando que había visto a César bajar por el costado de la cascada, y que había hablado con él. “Me calló bien, y lo llevé a uno de los cuartos de huéspedes”. Una linda mujer sentada cerca de César le dijo “si le caíste bien a Myung-Gyun es porque lo vas a pasar bien aquí, él nunca se equivoca. Ahora te toca hablar a tí!

Siguiendo el ejemplo de Myung-Gyun, sin ponerse de pié César contó la idea de su paseo por la sierra, el comienzo desastroso con el taxista asesinado, su llegada a Papalotla y su decisión de pasar allí unos años de su vida. Después contó sobre la carta, el cuaderno y el mapa que había dejado Alejandro Casals, y como el nombre de Urania le había hecho recordar al libro sobre una comuna hippy. Finalmente, contó del camino de Papalotla a Urania, y de cómo pensaba después salir de allí a la civilización para arreglar sus cosas para una larga ausencia y regresar a Papalotla.

Luego habló una mujer de más de setenta años que había estado cocinando esa tarde. Dijo que Alejandro había sido un querido amigo. “Varias veces estuvo viviendo unos meses aquí, y varios de los de aquí pasamos tiempo en Papalotla”, esto generando comentarios estilo “sobre todo tú!” entre otra gente mayor. Riéndose, la mujer prosiguió: “La última vez que estuvimos viviendo Alejandro y yo aquí, el me pidió que lo dejara regresar solo a Papalotla a morir. Yo no quise dejarlo, pero con su manera razonable y con mucha mota me convenció. Unos meses más tarde fuimos un grupo a buscarlo, pero ya no estaba. Me dejó una carta diciendo que saltaría a un barranco para no complicarle la vida a nadie con su cadáver. Decía que por las dudas que nadie de Urania quisiera vivir en Papalotla, había escrito una carta dándole la bienvenida a cualquiera que llegara por casualidad por allí. Yo me llevé mi carta, que todavía guardo, y dejé la otra con su cuaderno sobre su cama. Ninguno de nosotros quería quedarse a vivir en Papalotla, que ahora se había convertido en la tumba de Alejandro”.

Después habló un hombre mayor diciendo que Alejandro había sido un muy buen amigo “y un muy buen más que amigo de Susana”, provocando risitas. Después habló una mujer, y dirigiéndose a César dijo: “yo soy Silvia, y dado que Myung-Gyun te nombró visitante, y que su alma Coreana no se equivoca nunca, a mí sólo me toca pedirte que si quieres quedarte más de un día o dos, por favor pases por el hospitalito mañana antes del desayuno

para que te haga un chequeo”. César le dijo que sí, y quedaron en verse en la palapa con cruz roja a las siete.

Después de esto, mientras algunos se retiraban, otros se quedaron reviviendo sus recuerdos de Alejandro. César fué a sentarse al lado de Susana, quien le compartió su porro y le dijo que en efecto Urania había sido una comuna hippy “sí le pusimos Urania por el libro de Le Clézio. Sólo pensábamos en cultivar mota y en hacer el amor!”. Le contó como un día apareció Alejandro nadando en la poza, y como por más que Alejandro tenía sesenta años y ella treinta y cinco se enamoró de él. “Fuí su pareja por muchos años. Vivimos entre Papalotla y Urania, y cuando cumplió noventa, quizo que lo dejara solo en Papalotla para morirse y dejarme que continuara con mi vida. Realmente lo sigo extrañando mucho, pero la vida continúa. Como verás, nuestra comuna hippy cambió con el tiempo ahora es un “núcleo de civilización” preparándose para sobrevivir al colapso de la civilización. Tendrías que ver que seria y trabajadora ahora es mucha de nuestra gente joven! ya verás todas las cosas que están haciendo, y seguro que te entenderás con ellos. Estamos tan serios que mañana Silvia hasta te hará un test de Sida!

## Chapter 5

### Urania

A la mañana buscó la “palapa hospital”, donde en seguida llegó Silvia, la médica de Urania. La palapa era grande, y totalmente cerrada con tela mosquitera. Tenía varios aparatos médicos llamativamente modernos. Con toda amabilidad y competencia le tomó muestras de sangre y le hizo un examen físico. Le dijo “en dos días te busco para decirte qué dieron los análisis. Dudo que tengas algo después de un mes de estar solo!”

Le contó que ella trabaja de médica un rato en las mañanas, generalmente curando lastimaduras infectadas y otras cosas menores. “Pedro usa la palapa por las tardes como dentista”, le dijo. Después, Susana generalmente trabajaba con el grupo de medicinas alternativas. “Deberías visitar los distintos grupos, a ver que te parecen las cosas que hacen!”.

Despidiéndose de Silvia, César se fué a desayunar y se enteró que los desayunos y comidas eran individuales, cada uno preparándose sus propias cosas y luego dejando todo lavado. De unos grandes refrigeradores con puertas de madera y piedra sacó unos huevos, queso y brócoli, y se preparó un omelette. Le ayudó un hombre a hacerse un café en una maquinita tallada en piedra. César quedó encantado con su “expresso troglodita”.

Después, César salió a ver Urania por segunda vez. Decidió que al menos habría unas doscientas personas de las cuales más de la mitad se dedicaban a labores agrarias al menos por las mañanas. Había un colegio con unos treinta niños de todas las edades. Todas las clases eran en una gran palapa dividida por hamacas y cortinas, y se desarrollaban a bajo volumen. Hasta vió una niña de unos quince años con una mujer frente a un pizarrón con lo que parecía ser un problema serio de álgebra lineal. Los niños más pequeños tenían una palapita propia de alto volumen.

César estuvo un buen rato con el “grupo ingeniero”, y su gente le contó de sus proyectos “tecnológicos”, en los que utilizaban componentes de alta tecnología comprados fuera de Urania. También, tenían proyectos “basura” y “trogloditas”. La idea de los proyectos “basura” era ir fuera de Urania a buscar basura tecnológica: carros, refrigeradores, lavadoras abandonadas y hacer cosas útiles con sus partes rescatables. Los proyectos “trogloditas” eran desarrollados totalmente con los recursos humanos y de materiales de Urania. A la fuerza, eran cosas sencillas como la maquina de expreso que había usado César esa mañana. Jorge le explicó “no hacemos muchos proyectos trogloditas porque en el fondo somos unos tecnólogos modernos con demasiadas ambiciones!” César era programador, pero tenía como hobby hacer cosas útiles con “basura tecnológica”, así que el “grupo ingeniero” le cayó muy bien.

Visitó también el grupo de medicinas alternativas y nuevos cultivos, en su “palapa invernadero”, y el grupo de programación. Los programadores tenían una casita con una antena satelital (la otra antena estaba en el colegio). Allí le explicaron que desarrollaban códigos de búsquedas, de análisis de imágenes y de inteligencia artificial, con el objetivo principal de obtener recursos monetarios del mundo exterior para financiar los gastos de Urania. En general, todos trabajaban aquí parte del tiempo, y después trabajaban un proyectos de ingeniería relacionados o no con su programación.

César se dió cuenta que se le había pasado la hora de la comida, y fué a la palapa grande a buscarse algo de comer. En el camino vió una palapita con bancos y hamacas con unas quince personas, y una mujer parada hablando animadamente. Era la mujer que le había hablado la noche anterior antes después de que hablara Myung-Gyun. Le hizo señas a César para que se aproximara. Al lado de la palapa había una casita con un cartel de “biblioteca”.

La mujer, bajita, con un vestidito morado y azul hecho localmente, contaba pedazos de “La guía del mochilero galáctico”. Habló como media hora, y recomendó mucho esos libros. Tenía tres copias del primer volumen, y se las dió a gente que se los pidieron. Todos empezaron a irse, y ella vino con César.

“Hola, soy Xochitl, hablamos un ratito anoche!, soy la bibliotecaria. Aquí tenemos cursos de varios idiomas todas las semanas y lecturas de libros, asíque si te interesa tomar o dar cursos y lecturas te puedes anotar aquí”, mostrándole un pizarrón con un horario sobre el muro de la biblioteca. Había nombres de profesores y de alumnos todos mezclados, y se veía que había gran

participación.

“Yo hago lecturas de libros para ayudar a la gente a elegir qué leer, y cada tanto doy clases de Nahuatl. A las mañanas temprano trabajo en el invernadero, y luego aquí. Pero ahora son las cuatro y da el sol en mi poza preferida. Quieres venir a nadar?” Con esto, César se olvidó que tenía hambre y siguió a Xochitl por el camino valle abajo.

En un lugar con rocas grandes se desviaron y bajaron hasta una poza rodeada de grandes rocas y con una cascada. La luz del sol pasaba entre dos acantilados y daba sobre la cascada. Xochitl se desnudó y saltó al agua, y César la siguió. Nadaron un rato y luego estuvieron sentados sobre una roca sumergida al lado de la cascada, charlando sobre la “Guía del mochilero”, y luego sobre “Zen y el arte...” y después sobre “Walden”. El sol comenzaba el frío del agua.

César se comenzó a distraer con los lindos pechos morenos de Xochitl, bajo el sol y el agua que salpicaba de la cascada. Dándose cuenta, Xochitl se rió y dijo “se ponen así porque tú les gustas. Son unos descontrolados!”. Con esto, salió nadando y se subió a la roca en la que habían dejado la ropa. César nadó un rato, y subió a la roca a secarse sentado al sol al lado de Xochitl.

En un rato se vistieron y caminaron hacia la cocina. César llegó demasiado tarde para ayudar a preparar la cena, así que se sirvieron y se sentaron juntos a cenar. Después, César fué a la lavada de platos.

Saliendo de la cocina, César salió a la “zona de descanso”, donde se sentaban todos bajo las estrellas. En la penumbra, buscaba a Xochitl sin encontrarla. Se alejó un poco más hacia el arroyo y oyó que lo llamaban “estoy aquí, guapo”. En un gran sillón de madera un poco escondido entre unas plantas lo esperaba Xochitl.

César se sentó a un lado, sintiendo el contacto de su cuerpo, y ella encendió un porro para compartir los dos. Sin necesidad de hablar fumaron, y luego se besaron, y siguieron besándose. Xochitl se levantó el vestido por arriba de los pechos, se montó sobre César y se lo cogió. Sin saberlo, así Xochitl se agarró al hombre de su vida. César se dejó, y nunca lo oyeron quejarse.

Esa noche, César durmió en la hamaca de Xochitl, y a la otra mañana fué a buscar sus cosas al cuarto de visitantes, y se mudó a la casita de Xochitl. Nadie comentó de lo sucedido, o al menos ellos no se enteraron.

La realidad es que hubo chismes, chistes y comentarios por todos lados, incluyendo testigos oculares de su primer encuentro en el sillón, quienes ase-

guraron que “ni si quiera usaron condón!”. Después, los encuentros en el sillón fueron repetidos tantas veces que la gente dejó de comentar.

A César no lo conocían, pero respecto de Xochitl, quien tenía fama de solitaria, comentaron que evidentemente los otros hombres disponibles de Urania no le gustaban, y que cuando llegó uno que le gustó se lo agarró antes que se lo quitaran.

“Ni se esperó al resultado de la prueba del Sida”, dijo Susana. Otra mujer comentó: “aquí tenemos a una que sí esperó y se lo ganaron!”, provocando grandes risas.

César terminó trabajando por las mañanas con los progamadores, y hacia el mediodía con los ingenieros. Por las tres de la tarde se encontraba con Xochitl en la biblioteca, y allí tomaba cursos de Nahuatl (con Xochitl), y participaba en las lecturas de libros. También, tres veces por semana tomaba clases de “artes marciales mixtas” con Sang-Hi, la hija de Myung-Gyun. Antes de cenar, iban a nadar en la poza, y en las noches Xochitl le enseñó a hacer el amor en una hamaca, lo que fué un difícil pero placentero desafío para César.

Después de dos meses en Urania, César quiso volver a la civilización a arreglar sus cosas para no regresar más, y Xochitl quiso acompañarlo. La verdad es que no fué su último regreso a la civilización, porque a través de los años los dos hicieron varios viajes, pero en ese momento César y Xochitl sentían que esta sería la última vez que verían el mundo exterior.

## Chapter 6

### En Tenochtitlán

Planearon la salida de Urania con Myung-Gyun, que estaba encargado de las salidas. Les dijo que los acompañaría hasta el pueblo de Ojitlán, y se aseguraría que se subieran al autobús sin problemas. Allí, César se enteró de que había una “patrulla de defensa” de Urania, y dos jóvenes de la patrulla los acompañarían. Uno de estos era Sang-Hi, la hija de Myung-Gyun, y el otro era Giorgio, su amigo. Ambos de aspecto peligroso, eran dignos de la mafia Coreana y Siciliana, respectivamente.

La salida de Urania hacia el este seguía el arroyo, y había que bajar entre las rocas en un cañoncito estrecho. Cuando pasaron por el cuello del cañón, arriba se asomaron cuatro personas armadas para saludar a Myung-Gyun. César recién se daba cuenta del dispositivo de seguridad que protegía a Urania, dirigido por Myung-Gyun.

Salieron a la tarde, caminaron toda la noche de luna llena, y llegaron a la madrugada a la terminal del ADO de Ojitlán en la madrugada. Xochitl compró dos pasajes y salieron en el autobús de las 7 a Tuxtepec. Allí tomaron otro autobús hasta la Ciudad de México.

Llegaron a la terminal de oriente, y tomaron un taxi hasta la casita de César en el barrio de San Lucas. Los esperaban Sandra y Lucas, los amigos de César que estaban viviendo allí. Les cayó muy bien Xochitl, quien les parecía una pareja adecuada para su loco y solitario amigo.

Pasaron un mes en la ciudad, dos chilangos despidiéndose de muchas cosas queridas. Pasaron los fines de semana con las familias de los dos, y salieron con amigos. La hermana de César opinó que parecía que su hermano finalmente había encontrado una pareja adecuada, lo que siempre le había parecido imposible. Los dos se despidieron de muchas cosas queridas.

Fueron a Bellas Artes a ver Don Giovanni, a la sala Nezahualcóyotl a ver la octava sinfonía de Beethoven, a escuchar blues y a bailar salsa. En una cena romántica en el San Angel Inn, el de traje y ella de vestido sexy, tomaron demasiadas margaritas, pero todo se vale en las despedidas. Pasaron tardes enteras comprando libros para empezar una biblioteca en Papalotla.

Compraron un Jeep destartado y lo llenaron de cosas para ellos y encargos de amigos de Urania. El viaje lo harían en este Jeep, y después lo utilizarían para proyectos de los “ingenieros” de Urania.

Llegó la fecha de la partida, se despidieron de Lucas y Sandra, y salieron en su Jeep. Al mediodía, comieron en Orizaba, y un poco más allá tomaron la autopista al sureste. Salieron de la autopista a la altura de Tuxtepec, y de allí subieron por la selva llegando a Ojitlán al atardecer.

Los esperaban al lado de la carretera Myung-Gyun, Sang-Hi y Giorgio, ahora su pareja oficial. Con este trío armado a bordo, se desviaron por un camino de terracería que terminaba en una casa abandonada al fondo de un valle. Allí los esperaban tres otras personas de la guardia de Urania.

Al Jeep lo escondieron entre unos arbustos, y entraron en la casa. El primer cuarto estaba en ruinas, pero más adentro la construcción estaba arreglada, y había un gran dormitorio, una cocina y dos baños. Colgaron sus hamacas en el dormitorio, disfrutaron de la cena ya preparada, y se durmieron. De afuera no se alcanzaba a ver ni una luz, y toda la noche hubo alguien despierto de guardia.

# Chapter 7

## Regreso al paraíso

Al despertar, salieron a desayunar bajo un gran árbol. La casa era un cuartel de la guardia, y Myung-Gyun y su gente la tenían siempre habitada. A unos docientos metros de la casa corría el arroyo de Urania, y Xochitl y César habían pasado por allí sin ver la casa cuando se fueron a Ciudad de México.

En Urania se decía que Myung-Gyun era una persona de bastante dinero, y que lo usaba para fortalecer la guardia de Urania. También se decía que daba regalos y mordidas a autoridades y narcos para mantener la paz en la zona. Conociéndolo a Myung-Gyun, estos cuentos eran totalmente creíbles.

Salieron cargados, caminando al lado del arroyo, quedando tres personas de guardia en la casa. Con varios descansos, los cinco fueron subiendo sus pesadas cargas, hasta que llegaron al desfiladero por el que habían descendido el mes anterior. Allí se detuvieron, y Myung-Gyun llamó por una pequeña radio.

En unos minutos, aparecieron tres personas arriba de la pared de piedra, y empezaron a armar una grúa de acción manual para subir bultos y personas. Primero, subieron a los más livianos, después los más pesados. y al final quedó sólo César para atar los bultos para que los subieran, y finalmente lo subieron a él.

Ya arriba, se repartieron la carga entre los ocho, y en tres horas llegaron a Urania. Dejaron toda la carga en el taller de los ingenieros, y se fueron a dar una ducha para estar listos para la cena. Durante la cena y después afuera bajo las estrellas, Xochitl y César charlaron con amigos y contaron algunas cosas de su viaje.

Encontrando “su sillón” ocupado por otra pareja, y como era una tibia noche de verano, decidieron ir a nadar a la poza de Xochitl. Por m’as que

estaba un poco difícil llegar entre las sombras de la vegetación y las rocas, la nadada a la luz de la luna estuvo realmente mágica, y en las semanas siguientes regresaron muchas veces a nadar de noche.

Pasaron tres meses tranquilos en Urania, trabajando, nadando, haciendo el amor y preparándose para ir a Papalotla. Viendo sus preparativos, dos otras parejas les preguntaron una si podían ir con ellos. Unos eran Jaqueline y Adriano, dos hippies brasileros que tocaban y cantaban divinamente. Los otros eran Sylvie, una ingeniera francesa y Nacho, un biólogo mexicano. También Susana les pidió si podía ir con ellos, porque ahora que habían pasado muchos años de la muerte de Alejandro le daban ganas de regresar.

Al final salió hacia Papalotla un grupo de nueve personas, los siete que se querían quedar allí, y Sang-Hi y Giorgio, que iban para conocer y ayodar a cargar las cosas. El equipaje estaba realmente pesado, sobre todo por los libros que habían comprado. Xochitl dejó la biblioteca de Urania encargada a Ernesto, quien tenía ganas de ser bibliotecario.

Se tardaron cinco días en llegar al bosque con la entrada al lago que alimenta Papalotla. Hicieron varios trayectos cortos, bajando por la escalera y los bultos con cuerdas desde más arriba. Llegando al borde del lago, hicieron varios viajes por el túnel hasta Papalotla. Le dejaron el cuarto de Alejandro a Susana (dado que también era el cuarto de Susana!), y los demás se instalaron en otros cuartos.

La huerta de Papalotla floreció con el trabajo de todo, y con las semillas que trajeron Nacho y Xochitl mejoraron la calidad y la variedad de las especies cultivadas. También floreció la zona dedicada a la marihuana, bajo el sabio cuidado de Susana. Aprendieron todos a tocar y cantar música con la paciente guía de Jaqueline y Adriano, y empezaron a componer canciones locales, sobre el amor, las estrellas, el viento, el agua y las montañas.

Una zorra hizo una madriguera en la ladera cerca de Papalotla, y el cachorrito más aventurero se hizo amigo de Xochitl. Terminó quedándose a vivir con ellos. “Antoine” mantenía el lugar limpio de ratones, y de vez en cuando se comía alguna gallina o unos pollitos, pero se lo perdonaban. Cuando se reunían a charlar y cantar a las noches, se dormía en la falda o en los hombros de alguien, pero claramente siempre prefería a Xochitl.

Hicieron sesiones de lectura y de discusión de libros, que motivaron a los Papalotlanos a escribir cuentos y novelas. Para esto empezaron a hacer ellos mismos el papel y las plumas y tinta para que los libros fueran realmente locales. Después, con los ingenieros de Urania, construyeron una imprenta primitiva para poder sacar ediciones de unos cuantos ejemplares de cada

libro.

Con los años, César y Xochitl pasaron la mayor parte del tiempo en Papalotla, con visitas de algunos meses a Urania. Tuvieron a su querida hija Julia, y las otras dos parejas de Papalotla el mismo año tuvieron un niño cada una. Compartieron entre todos el cuidado y la educación de los tres niños, y cuando tuvieron diez años empezaron a pasar más tiempo en Urania, para que tuvieran más jóvenes con los que interactuar y para que recibieran una educación más amplia. De los tres, Julia fué la única que salió al mundo exterior a la universidad. Hizo licenciatura y posgrado en energías renovables, y regresó a Urania.

Para la época en que regresó Julia, ya había problemas mayores en la civilización globalizada. Zonas densamente pobladas tenían crecientes problemas. Ciudad de México sufría muchísimo de falta de agua. Nueva York, Londres y Río de Janeiro eran golpeadas por el embate de huracanes de fuerza creciente, provocando la huída de la población. Otras ciudades pasaban veranos enteros cercadas por incendios que las iban dejando aisladas dentro de zonas devastadas.

Urania y Papalotla no se secaron, pero la precipitación se volvió más irregular. Para asegurar el suministro de agua, tuvieron que construir diques para almacenar agua en represas. De esta forma, sin mayores dificultades sobrevivieron a los cambios climáticos.

Urania recibió muchos refugiados, que dieron origen a una expansión de la zona poblada hacia las partes inferiores del valle, y eventualmente a otros valles de la región. Las nuevas comunidades que se formaron siguieron el modelo anarquista de Urania, y convivieron pacíficamente por muchas generaciones. Urania siempre fué el centro del desarrollo tecnológico regional, y terminó siendo una especie de escuela en la que venían a recibir una educación los jóvenes de la zona.

Papalotla se convirtió en algo parecido a una biblioteca medioeval. Cuando vino el fuerte retroceso civilizacional, Papalotla generó y mantuvo un grupo de personas expertas en distintos campos del conocimiento, encargadas de preservar libros, y de hacer nuevas contribuciones. Este fué el corazón del renacimiento mexicano del siglo XXIV.



## Chapter 8

### Xochitl y César

Durante los casi sesenta años que vivieron juntos, pasaron la mayor parte del tiempo en Papalotla. Tuvieron una hija, Julia, quien fué el amor de la vida de ambos. Salieron con la bebita hasta Orizaba, para anotarla en el registro civil, para que si en el futuro quisiera, pudiera salir de Papalotla y Urania. La comunidad anarquista de Urania firmemente no creía en este tipo de trámite, y se negaba a llevar un registro de sus habitantes.

Educaron a Julia en Papalotla, junto con los varones que nacieron allí el mismo año. Los tres crecieron como hermanos. Cuando tuvieron diez años, las tres parejas empezaron a pasar más tiempo en Urania, para que los niños no crecieran tan aislados.

Cuando Julia cumplió quince, sus padres la llevaron de paseo por el mundo. Pasaron un año viendo distintos lugares de México, Brasil, Francia, Italia, Japón y la India. A los diez y nueve, Julia fué a hacer una licenciatura en energías renovables a la UNAM en Ciudad de México, y después hizo un posgrado en el mismo tema en la Universidad de Montreal. Luego regresó a vivir a Urania.

Durante esos años, Xochitl y César vivieron mayormente en Papalotla. Salieron varias veces para visitar a su hija y para comprar libros para la creciente biblioteca de Papalotla. Tomaron cursos de escritura, impresión y encuadernación de libros. Con los ingenieros de Urania desarrollaron pequeñas imprentas para publicar libros escritos por gente de la comunidad. Algunos de estos libros llegaron a venderse en el exterior, y se volvieron “libros de culto” de jóvenes que querían escapar del colapso de la civilización. Estos libros atrajeron un número creciente de jóvenes académicos que llegaron a fortalecer los grupos existentes en Urania y en Papalotla.

Bajo la iniciativa de Xochitl, buscaron y desarrollaron otras cuevas en la zona, más secas que Papalotla, como depósito del número creciente de libros. De esta forma, Papalotla pasó a ser el centro habitacional y agrícola de un complejo de cuevas dedicadas al depósito, impresión y escritura de libros.

Xochitl y César vivieron cómodamente más de cien años, y murieron a los pocos meses el uno del otro.

# Chapter 9

## Sang-Hi

Heredó de su padre el trabajo de encargada de la seguridad de Urania, y con los años también se responsabilizó de Papalotla. Como su padre, fue una estudiosa de la obra filosófico-militar de Sun-Tzu, e intentó aplicar los principios de “El arte de la guerra” a la defensa de Urania. Con la creciente inestabilidad del mundo exterior, aparte de los cursos de seguridad personal, comenzó a dar un “curso para guardias” que eventualmente llegó a ser una escuela militar, con fuerte orientación al estudio y seguimiento de las ideas de Sun-Tzu.

Hubo dos ataques concertados contra Urania en años consecutivos. En ellos, varios grupos de narcos locales que ya dominaban completamente la zona, se unieron para tomar Urania y cobrarles impuestos y maltratar a la gente como lo hacían con todos los demás.

En el primer ataque, se encontraron con una fuerza bien preparada, con un vehículo blindado lanza-misiles que rápidamente eliminó casi todas las camionetas en las que se trasladaban los narcos. El vehículo era el Jeep de César y Xochitl, modificado por los ingenieros de Urania. Los narcos retrocedieron con pesadas pérdidas.

En el segundo ataque, los narcos vinieron mejor pertrechados. Atacaron de noche, usando visores de visión nocturna. Se encontraron que la fuerza de defensa de Urania también tenía aparatos de visión nocturna. Los narcos tuvieron que retroceder frente a un ataque de “drones suicidas” que se estrellaban contra todo y estallaban en llamas, produciendo duras quemaduras.

Dos noches después hubo múltiples ataques de drones incendiarios contra las casas de los narcos, resultando en una importante masacre de los narcos y sus familias. Al día siguiente, salió la guardia de Urania a enterrar cadáveres y

a trasladar a Urania a sobrevivientes quemados para darles atención médica. A narcos que tenían identificados los ejecutaban. Con este despliegue de orden y superioridad tecnológica y humana, las comunidades de la zona se dieron cuenta de lo valiosa que era Urania, y aceptaron su apoyo para crear una zona libre de narcos en los alrededores.

La fama traída por estos eventos dió origen a un flujo de refugiados hacia Urania. Sang-Hi vió que la comunidad anarquista no iba a sobrevivir con este número creciente de miembros, y organizó la creación de un conjunto de comunidades autónomas periféricas, ubicadas a lo largo del valle y en valles vecinos. Esta organización de la sociedad en comunidades autónomas colaborativas representó el encarnamiento del ideal anarquista, y perduró en el futuro de la humanidad. El mérito de su nacimiento efectivo se le atribuye a Sang-Hi.

Cuando cumplió cincuenta, Sang-Hi se retiró de la guardia, y dejó que la estructura creada pusiera al debido sucesor como jefe. Se retiró a Papalotla a dedicarse al estudio de la obra de Sun-Tzu. Aprendió Manradín, e hizo traducciones de Sun-Tzu a varios idiomas. Más tarde, hizo versiones del Arte de la guerra a las que agregó sus propios comentarios. Luego, escribió un libro con críticas, y sugiriendo modernizaciones al pensamiento de Sun-Tzu.

Finalmente, escribió su libro “El arte de la paz”, el cual siguió siendo leído cuando la vida de Sang-Hi ya había sido olvidada.

# Chapter 10

## Antoine

Llamado así en memoria de Antoine de Saint-Exupery, creador del zorro de El Principito. Fué el cachorro más aventurero de su camada de zorritos, se hizo amigo de Xochitl, y se quedó a vivir en Papalotla. Eventualmente, tuvo compañera y cachorros, algunos de los cuales lo siguieron a ser amigos de los humanos.

A través de los años, los descendientes de Antoine fueron las mascotas más populares de los Papalotlanos. Aún siglos más tarde, se veía caminar a muchos de los bibliotecarios y estudiantes con un zorro sobre los hombros.

Cuando por el año dos mil trescientos Papalotla fué renombrada oficialmente de “biblioteca” a “universidad”, su escudo fué diseñado con un dibujo de alas abiertas de una mariposa sobre las cuales hay una cabeza de zorro. Así, los zorros desplazaron a los buhos como símbolo de la sabiduría.